

## **DISCURSO DEL PRESIDENTE DEL GOBIERNO, JOSÉ MARÍA AZNAR, EN LA CLAUSURA DEL FORO LA ESPAÑA CONSTITUCIONAL**

**Madrid, 16 de enero de 2000**

Muy buenos días a todos.

Yo sé muy bien que nuestra agenda, nuestro trabajo político cotidiano, está muy cargado; si se quiere decir, muy sobrecargado; pero una de las razones esenciales de estos foros, y de éste muy especialmente, era que esa sobrecarga política cotidiana, por decirlo de otra manera, que la política diaria, no nos impida examinar esencialmente el horizonte de nuestro futuro y lo que deseamos abordar en los próximos años en la vida de nuestro país.

Yo creo que elegir por dónde queremos ir en el futuro nos permite ocuparnos exactamente de lo que realmente importa y de aquello que quedará para los que tomen el relevo. Nada seguramente más importante, en mi opinión, en los próximos tiempos, también en los próximos tiempos electorales, que el ejercicio continuo e intenso del diálogo.

En España nos van bien las cosas cuando hemos mantenido los diálogos sociales y políticos, con la sociedad civil, entre las fuerzas políticas o las instituciones; por nuestra parte, vamos a ofrecerlo y a practicarlo también en el período electoral.

El diálogo, cuando es sincero, no es tarea fácil; pero nosotros no vamos a olvidar el método del consenso para alcanzar los objetivos que proponemos al país. No es fácil porque, junto a la preocupación por el diálogo en este período, inclinado más bien a la confrontación verbal, está igualmente la necesidad de la clarificación: que se diga de manera clara cuáles son los contenidos concretos de los proyectos que esta semana se presentan a la opinión pública.

Yo creo que la claridad es algo más que la cortesía exigida a un político; en una democracia representa un valor muy superior y muy serio: claridad en los programas y claridad en cuanto a los acuerdos políticos que se busquen tras la contienda electoral. Es una norma ésta no escrita que faltó en los pactos políticos el pasado mes de junio; aquellos entendimientos tácitos que sólo emergieron de las bambalinas, una vez que las urnas se hubieron cerrado.

Se puede contestar a esto que acabo de decir que tal vez sea una petición interesada por nuestra parte; pero nadie me negará que responde al interés fundamental de la política con mayúsculas. Probablemente, es el único antídoto seguro para alejar de nosotros el mal de la apatía electoral y el distanciamiento de la gente de las llamadas "maquinarias" de los partidos políticos.

Será, por lo tanto, muy oportuno que todos los ciudadanos puedan identificar con nitidez las posiciones de partida: a la izquierda, o a la derecha o al centro, en el campo nacionalista o de parte de los llamados constitucionalistas.

Verdaderamente, creo que tenemos muchas cosas que hacer en común antes, durante y después de la campaña electoral. Creo que los desafíos y reformas que hay que emprender, y de los que depende nuestro futuro, serán tanto más fecundos cuanto más compartidos sean.

En las coordenadas que se mueve el mundo, y con la posición ya alcanzada por España, estamos en condiciones de proponer cotas más altas para el empleo de

todos, grandes inversiones estratégicas para el desarrollo del país y nuevas políticas para los mayores, para las familias y de mujer.

Sabemos que los primeros años del nuevo siglo van a ser decisivos para no perder el ritmo sostenido de estos años recientes. En primer lugar, estamos ganando la batalla al desempleo y es visible un horizonte de pleno empleo. Podemos convertir en realidad la igualdad de oportunidades profesionales para las mujeres; podemos consolidar el sistema de pensiones; podemos mejorar la vertebración de nuestro territorio con una malla rápida de comunicaciones y nuevas infraestructuras; podemos elevar la calidad de servicios básicos, como la educación y la sanidad.

Todos estos objetivos, y otros más que irán conociéndose conforme vayamos presentando nuestro programa, significan nuevas oportunidades y, al mismo tiempo, muy importantes desafíos.

Son nuestras oportunidades porque ya no son propuestas que pertenezcan al mundo de la utopía; han dejado de ser retórica o han dejado de ser metas sin fechas ni plazos de vencimiento. El permanente aplazamiento de estos objetivos era un silencioso incentivo para que creciera la indiferencia ciudadana hacia los compromisos políticos.

Decía que las oportunidades implican siempre desafíos. Son ambiciones colectivas, que no están ahí, a la mano; son metas inteligentes y prudentes, pero que no se dan por añadidura. Como si viviéramos en un país de recursos que sobran, la España de las maravillas, con la acostumbrada subasta electoral. A estas alturas, hablar y hablar cada fin de semana en la clave del "gratis total" es algo más que una falta de respeto con la gente.

Todo depende del camino que nos tracemos, de los pasos que demos y de las reformas que iniciemos. Por eso queremos presentar un programa amplio, global

y que sea coherente, y que contenga las vías acertadas para seguir en un rumbo de progreso.

Convencido de que no hay un pensamiento único, de que exista un único camino y una sola política posible, sí creo, en cambio, que sólo podemos alcanzar estas metas con una mayoría política más amplia que la respectiva fuerza electoral, la de hoy y la que resulte tras la votación de marzo.

Ya tenemos ante nosotros varios caminos que son equivocados. El primero de ellos es el que nace del miedo al futuro, es el que nace del miedo y de la negativa a comprender las claves de la nueva época, es el de la resistencia a los cambios. Ésa es la nueva actitud conservadora que se ancla en el pasado, que vive en la nostalgia de un pasado, haya sido éste anterior a 1996 o haya sido el de 1982, u otros.

Va a haber muchos modos de ser conservador en este fin de siglo: lo serán quienes se incorporen tardíamente a la globalización, lo son ya los grupos que se niegan a abandonar situaciones de privilegios, los que se aferran a disfrutar los monopolios públicos o privados. También son nuevos conservadores los que siguen pidiendo el voto, por ejemplo, para gobernar las Administraciones con déficits crónicos; Administraciones profundamente centralizadas, sea grande o pequeño su ámbito de actuación; equipos de Gobierno que, lejos de reducir el número de sus efectivos, se aumenten a la menor ocasión. También son los contrarios a bajar los impuestos, las tasas, las contribuciones.

Entre otras corrientes políticas de nuestro mundo, los partidos socialistas viven todavía en esas coordenadas mentales, inservibles para dar respuesta a las demandas de crecimiento y bienestar de las sociedades europeas. Es verdad que hay valientes intentos de reformular las políticas económicas y sociales, como la llamada "tercera vía", de Blair; pero nuestros socialistas andan en un estadio anterior, como nos es dado oír estos días, por la pobreza de propuestas nuevas y el silencio acerca de los recursos públicos aplicados para sufragarlas.

El segundo camino equivocado es el que relega el valor del orden constitucional a un segundo plano, como para ponerle sordina en estos tiempos de alianza pre y post electorales. Quiero decirles que lo siento, pero que no cuenten conmigo. Lo considero una obligación como presidente de un partido de dimensión nacional y sólo cedo el paso a otras voces, tan legítimas como la mía, si están dispuestos a hablar en la plaza pública de estos temas.

La España viable y deseable, la España atractiva y la España posible, es la España constitucional, y ésta es la que nos puede y debe agrupar a todos.

¿Quién puede negar que este orden constitucional ha alcanzado objetivos históricos en un tiempo récord? Gozamos de una convivencia democrática profundamente arraigada en la inmensa mayoría. Con normalidad se ha asentado un pluralismo político que ha permitido una doble alternancia en el poder. En el marco del Estado de las Autonomías, la diversidad de España en sus lenguas, tradiciones culturales e instituciones propias se ha restaurado en la vida cotidiana con vigor. Dejamos de ser una sociedad cerrada, "tibetanizada" --escribía Ortega--. Somos un país, internacionalmente, con un peso cultural de primer orden que debemos hacer valer.

De esta nueva posición nacen también unas responsabilidades a las cuales no podemos sustraernos. Quien vive en la duda del esfuerzo que suponen y las reformas administrativas que exigen es porque sigue anclado en la mentalidad conformista de no dar un paso más.

En la Europa de la moneda única, la seguridad militar concertada y la Unión ampliada a un nuevo siglo hay una demanda intensiva de planes integradores. Están de más y no caben las propuestas disgregadoras, porque es seguro que todo el edificio europeo, basado en un ideal de paz, de democracia y que pretende una progresiva unificación, se vendría abajo.

Estos logros los hemos hecho entre todos y prueban el rendimiento de la España actual; pero todavía es más importante saber que nos permiten adentrarnos en el futuro con grandes posibilidades de éxito. Afortunadamente, contamos ya con la elección de la experiencia: sabemos a dónde nos conducen los caminos equivocados y sabemos también los frutos que produce la colaboración mutua y leal.

No tengo duda de que los aspavientos de nuestros rivales electorales por afirmar en Ceuta y Melilla semejantes principios elementales, como he hecho recientemente, me hacen pensar que tales alharacas sólo sirven de calentamiento previo a la campaña negativa que algunos repetirán y de cuya memoria basta simplemente con tener algún reflejo hace bien pocos años.

Un proyecto político con vocación de futuro exige también la confianza previa de la sociedad. Sin ese presupuesto no es posible elaborar ningún proyecto válido ni duradero, en mi opinión. "Confianza en la sociedad" no es una frase electoral más o menos halagadora; es el motor de toda nuestra orientación como partido político.

Yo creo que los dos factores claves en estos diez primeros años del siglo XXI son la confianza social y la inversión en capital humano, y aquellos países que sean capaces de hacer realidad estos dos factores habrán ganado de una manera muy clara el futuro.

La confianza social necesita, en primer lugar, de un marco estable, que el Estado garantiza, para desenvolver las libertades cotidianas, la seguridad personal y el despliegue de todo tipo de iniciativas. La falta de estabilidad política y una persistente inseguridad personal disminuyen las garantías democráticas y dividen a los ciudadanos en primera y segunda clase, según su color político.

La confianza supone también la conciencia de vivir en una sociedad de oportunidades, y quiero subrayar que de "oportunidades" en plural, porque la

llave de la sociedad de las oportunidades es que nadie se juega su futuro a una sola carta. Todos debemos de tener una segunda oportunidad, nadie debe ser arrojado a la cuneta y el bienestar no debe ser patrimonio de la herencia.

Contamos con un pacto de solidaridad, en virtud del cual nadie puede quedarse en el desamparo y sin una nueva oportunidad, y ésta es la base de la sociedad del bienestar con sentido del futuro. Pero la base material de nuestro bienestar reside en que acertemos a resolver nuestro déficit de empleo, y éste es el desafío de la próxima legislatura. Si lo alcanzamos, la convergencia real será una verdad cotidiana y no una simple aspiración verbal, y por eso ganar la batalla del empleo es absolutamente vital.

En más de dos terceras partes de las provincias españolas el desempleo masculino es ya inferior al europeo, y aspiramos, conforme a las previsiones del Programa de Estabilidad y de Crecimiento, a que hasta el año 2002 se creen en España 1.400.000 empleos nuevos.

España está creando empleo en los últimos años con un ritmo que es el doble de la media de los países de la Unión Europea, y vamos así acortando nuestro déficit de partida. Lo que estamos logrando muestra ya que el paro no era el precio a pagar por la única política económica posible, sino más bien era el resultado de apechar por el tipo de Gobierno que tuvimos hasta 1996. Pero tenemos que ser conscientes que todavía nos queda mucho por hacer y la expansión del empleo en los próximos años va a tener, sustancialmente, a la mujer como protagonista.

Estoy convencido de que en la próxima década vamos a dar el paso que nos iguale con las naciones más desarrolladas de la Unión Europea. Ya se han cambiado las proporciones entre varones y mujeres en los centros universitarios; estamos fomentando la conciliación de la vida familiar con la profesional; la maternidad ya no genera ningún coste a las empresas, pero tenemos que seguir adoptando nuevas medidas a favor de las familias con hijos de corta edad. Ahora

nos corresponde abrir a las mujeres las oportunidades de empleo en aquellos niveles en los cuales su presencia es todavía marginal.

Vamos a seguir, porque estamos convencidos que las reformas deben ser continuas.

Sabemos que el nivel de empleo sólo mejora con la innovación en la sociedad del conocimiento. Nuestro país la inicia con la desventaja de que invierte el 0'87 por 100 del Producto Bruto en Investigación y Desarrollo, mientras la media europea es el 1'5 por 100. Proponemos alcanzar esta media europea y lograr que el gasto nacional en Investigación más Desarrollo más Innovación alcance el 2 por 100 del Producto Interior Bruto.

Contamos con una buena base de partida, que son personas bien formadas para integrarse en la sociedad del conocimiento. En los últimos veinte años hemos dado un gran paso y tenemos ya una de las tasas de escolarización más altas de los países desarrollados; pero tenemos tareas ineludibles, en las cuales nos jugamos el futuro de la calidad educativa: el aprendizaje temprano de la lengua extranjera, el uso escolar y doméstico de las nuevas tecnologías de información, el resurgir de una Formación Profesional con alta dotación tecnológica.

No seremos nosotros quienes contribuyamos a que nuestro país sienta miedo ante el futuro. Sí pertenecerá a nuestra oferta política la disconformidad con las ventajas y privilegios adquiridos en una época de globalización, como asimismo la inquietud con los particularismos políticos y culturales.

En los Presupuestos del Estado las cuentas no salen si lo que hacemos es obsesionarnos por lo que se lleva cada Municipio o cada Comunidad. Hablar de balanzas es una política profundamente miope. La interdependencia nos obliga a saber que los beneficios de los otros redundan también en beneficios nuestros y, por eso, la cohesión solidaria es fundamento del proyecto común. Y ese proyecto común es más necesario que nunca para afrontar la próxima década, para

contribuir con éxito al desafío de la Europa ampliada. Nuestro futuro está ahí, y Europa también necesita de grandes proyectos y reformas. Una España con un proyecto claro y con determinación podrá contribuir mejor a esa indispensable renovación europea.

Aspiramos a contribuir y a definir la Europa del 2010. Ya la Declaración de Chequers, que tuve la oportunidad de hacer con Blair, constituye una oferta con que abordar las reformas necesarias para garantizar el éxito económico que hemos creado con el euro. Las ideas allí presentadas van a ser discutidas el próximo marzo en Lisboa, en una Cumbre especial sobre el empleo, la reforma económica y la cohesión social.

Por cierto, el martes el Gobierno español y el británico aprobarán en Toledo un nuevo documento sobre las dificultades por el envejecimiento de la población europea y sus consecuencias en nuestras sociedades, en una nueva aportación conjunta que presentaremos ante el Consejo Europeo de Lisboa del próximo mes de marzo.

Yo creo que una sociedad democrática da pasos, avanza y progresa cuando refrena sus atavismos y cuando despliega, desde la plataforma del entendimiento político, una gran confianza en sí misma; cuando la razón democrática supera los bucles atávicos, las cuentas pendientes y los agravios inferidos en la noche de los siglos.

La España constitucional, junto con otros países europeos, tiene todos los elementos para estar en primera línea en el camino de las reformas del próximo decenio. Ante el nuevo período político, nuestra voluntad firme es que una gran mayoría de la sociedad española esté dispuesta a afrontarlas, a esforzarse en ellas y a ganar esa gran apuesta de futuro para nuestro país.

Para terminar esta mañana de domingo este Foro de "La España Constitucional", os quiero dejar con unas palabras de Ortega. Hace pocos días estuve en la

Fundación Ortega, donde hablé también de Ortega, y desde hace algunas semanas repaso, en mis tiempos libres, que son muy pocos, pero repaso con intensidad, palabras de Ortega.

Decía, en "El Imparcial", que España es una cosa que hay que hacer y que es una cosa difícil de hacer, y que una España mejor sólo es posible si se unen estos dos términos: democracia y competencia. Pues yo me quedo con la propuesta y a ella me acojo, y os pido que os acojáis, para que transitemos juntos en los próximos tiempos.

Muchas gracias y muy buenas tardes.